

LO QUE PIENSA EL SILENCIO

El pueblo se alzaba en el extremo del valle, donde los caminos asfaltados parecían rendirse ante la naturaleza; allá donde las noches eran tan oscuras que parecían absorber el sonido y las estrellas brillaban más que en ningún otro lugar. Un pueblo que no figuraba en los mapas, y cuando lo hacía era apenas un punto en el que nadie se fijaba. Allí el tiempo no tenía prisa, y los niños aprendían a convivir con el silencio. Entre ellos estaba Víctor, un niño muy delgado y de ojos enormes, con los que parecía siempre mirar más allá de lo visible. No era un niño travieso ni revoltoso, era “imaginativo”, palabra que, en el pueblo, podía servir tanto para elogiar como para criticar sin que nadie tuviese del todo claro cuál era la descripción en cada caso. Como si la imaginación pudiese ser algo malo, como si el pensar fuese algo que se pudiese evitar. Sin embargo, Víctor no prestaba atención a lo que los demás decían; suficiente tenía con preocuparse por sus propios problemas. Y es que el portal apareció de repente, sin avisar.

Víctor estaba explorando el granero abandonado, que estaba al final del pueblo, donde nunca iba nadie, puesto que era un lugar que les recordaba a los adultos todo lo que ya no usaban, aquello que no les era útil. Entre vigas carcomidas y telarañas encontró una grieta, pero no en la pared ni en el suelo, sino en el aire, como si de un pliegue se tratase. Sin ser ni siquiera del todo consciente, en su imaginación apareció la figura de un pájaro y su sorpresa fue mayúscula cuando éste salió volando del pliegue, tal y como lo había imaginado. Víctor no se asustó, pero decidió marcharse a casa con la idea de regresar al día siguiente. Y también al otro, al darse cuenta de que el portal era capaz de hacer realidad todo aquello que pudiera imaginar. Respondía siempre a sus pensamientos, aunque no a sus palabras. Era un espejo de la mente, no de la voz.

Primero empezó con cosas pequeñas, como caramelos, y luego se atrevió con animales e incluso paisajes. En aquella dimensión, que no era realmente un lugar, sino más bien una

extensión del mundo, todo se construía con la lógica de la imaginación. Es decir, no tenía límites, pero, al mismo tiempo, era inestable.

Al principio, Víctor creyó haber encontrado un refugio, puesto que en el pueblo nadie hablaba sin tapujos sobre lo que pensaba ni le preocupaba, todos actuaban como si ya estuviesen cansados de antemano respecto a esos temas y los niños, desde pequeños, aprendían a no hacer preguntas. Nadie se atrevía a imaginar libremente o, al menos, no a compartir sus fantasías con los demás. Sin embargo, en el portal, Víctor podía hacer realidad y dar forma a lo que nadie quería escuchar. Pero la imaginación, como ya he dicho, es inestable y no distingue entre bonito y feo, ni entre felicidad y miedo.

Una noche, Víctor soñó que el pueblo se hundía, tragado por una avalancha de barro y lodo espeso. Al despertar de la pesadilla, el recuerdo lo siguió como una sombra y, con ese pensamiento en mente, al poco de llegar al granero, del portal comenzó a salir la mezcla de tierra y agua. No era rápido, peor aún, era inevitable, cubriendo el suelo lentamente. Víctor gritó, intentando pensar en otra cosa, pero cuanto más se esforzaba, más miedo sentía y más claro y nítido se volvía su pensamiento. Cerró los ojos y corrió lo más lejos que pudo del granero, y solo cuando consiguió tranquilizarse, el lodo desapareció, dejando tras de sí solo el húmedo olor del recuerdo. Entonces fue cuando Víctor comprendió que el portal ni premiaba ni castigaba, solo obedecía.

Sin embargo, como siempre que se intenta dejar la mente en blanco, ésta trabajaba con cada vez más precisión y, día tras día, sus pesadillas empezaron a encontrar formas concretas, sombras sin rostro, animales deformes y más cosas aterradoras, por lo que Víctor se volvió cuidadoso. Pensar era ahora casi una amenaza, imaginar era peligroso. Comenzó a entrenarse en silencio. Aprendió a observar sus propios pensamientos como si no fuesen suyos y a analizarlos cuidadosamente. Aprendió a filtrarlos; a dejarlos pasar sin aferrarse a ninguno. El portal se debilitaba cuando él aceptaba el miedo en lugar de intentar combatirlo. No desapareció, pero perdió fuerza.

Con el tiempo, dejó definitivamente de usar el portal y ya ni siquiera se acercaba por el granero. No porque hubiese desaparecido ni porque le asustase, sino porque ya no lo necesitaba. Había aprendido a convivir con sus propios pensamientos sin necesidad de hacerlos realidad.

La imaginación es una fuerza inmensa, sin límites, pero también ciega, que tan pronto puede crear mundos, como destruirlos con asombrosa facilidad. Crecer y madurar no es dejar de imaginar, simplemente aprender a vivir con tus pensamientos sin que te condicionen.

Años después, Víctor se fue del pueblo y el granero acabó desplomándose. Nadie se sorprendió, era muy viejo, ni tampoco trataron de reconstruirlo pero, a partir de aquel día, algo cambió sutilmente en el pueblo. Algunos comenzaron a hablar de lo que sentían, otros se atrevieron a soñar despiertos sin vergüenza.

El portal no fue ni regalo ni maldición. Solo un lugar donde todo puede nacer, pero debe ser uno mismo quien decida lo que debe ser traído al mundo.

Modalidad: Literaria/Narrativa

Coda

Categoría: Bachillerato